



LECTURA
SEMANAL Y
POPULAR

10

Centy.

AN. I. NUM. 32

ORTEGA & FRIAS
**HONOR DE ESPOSA
CORAZÓN Y DE MADRE**

LECTURA

AÑO I
NÚM. 22

1 JUNI
1920

SEMANAL

POPULAR

PRE-
CIO,
10
CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora de don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde mujer, y del que, ni Monzón que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira

(Continúa en la penúltima página).

contró frente a la condesa, con voz que parecía llevarse el alma tras sí exclamó:

— ¡Madre mía!

La condesa exhaló un grito desgarrador, inclinó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos.

La idea de su deshonra ante su hijo era para la infeliz doblemente horrible que ante el mundo.

Empero bien pronto sus maternales sentimientos se sobrepusieron a todos los demás, y levantándose y abriendo los brazos, estrechó contra su palpitante pecho a Querubín mientras decía:

— ¡Hijo de mi alma! ¡Pobre hijo mío!

No pudieron entonces decir más.

En abundancia corrió el llanto por las mejillas de aquellas dos criaturas desgraciadas.

¿Qué habían de decir que expresara con exactitud lo que sentían?

El silencio era más elocuente que las palabras en aquellos momentos.

Cuando pudieron recobrar la calma, en cuanto era posible que la recobrasen, dijo Querubín:

— ¡Doy a Dios gracias porque he llegado a tiempo!

— Has visto a María; ¿no es verdad?

— Y la he llevado a su casa.

— ¡Ah!

— Y he jurado que no seré su esposo, y ella también ha jurado casarse con Leandro.

— ¡Crees que has llegado a tiempo, y ya es tarde! — replicó tristemente la dama.

— ¡Tarde! — replicó Querubín con acento de terror profundo.

— ¡Sí!

— ¡No, madre mía!

— He adoptado una resolución y no retrocederé. Mis

hijos pueden sacrificarse; pero yo cumpliré mis deberes, aceptaré la responsabilidad de mis acciones y expiaré la grave falta que he cometido.

—¡Escuchadme, madre mía!

—¡No, Querubín!

—¿De qué servirá vuestro sacrificio? Si de todas maneras mi dicha es imposible, si es imposible la de mi hermano, si han de sufrir horriblemente María y Consuelo, ¡al menos que se salve vuestra honra!

—¿Y han de quedar impunes mis culpas? ¡No!

—En el mundo de la eternidad...

—El Omnipotente nos juzgará a todos; pero también ante el mundo debo responder de mis acciones. Mi esposo no me ama; me ha hecho experimentar toda clase de sufrimientos; me ha ofendido muchas veces, y me abandona para entregarse a sus extravíos.

—Semejante hombre...

—Ese hombre ha depositado en mí su honor, y sus extravíos no me autorizan para olvidar mis deberes. Yo he podido quejarme, he podido separarme del esposo que no me amaba y me ofendía; pero ser débil, manchar mi honra y la suya, eso es un crimen que con nada puede justificarse: ¡eso merece el más terrible castigo!

—Según entiendo, cuando os dejásteis arrebatarse por la pasión...

—Creía que mi esposo había dejado de existir.

—Y mientras creyeseis que habíais recobrado la libertad...

—Siempre resultará que fui débil.

—Sin embargo, esas circunstancias...

—Atenúan, está bien; pero culpable soy, y lo mismo en este mundo que en la eternidad debo expiar mi falta. No te esfuerces porque será en vano que intentes tranquilizar mi conciencia.

—No intento tranquilizarla.

—Entonces...

—Lo que quiero es haceros comprender que es completamente estéril vuestro sacrificio.

—Si debo hacerlo...

—No, madre mía, y os lo probaré con razones incontestables.

—Hijo mío, tú no puedes ser juez, porque al tratarse de tu madre todo has de mirarlo a través del prisma de tu ternura filial.

—Os suplico que me escuchéis.

—Di cuanto quieras.

—¿Os parece justo que al mismo tiempo que el criminal sufra castigo su víctima?

—No.

—Pues bien: vuestro esposo sufrirá lo que nadie puede concebir cuando conozca vuestra falta, cuando sepa que su honor se ha mancillado.

—Sí, sufrirá mucho; pero me impondrá el castigo que mejor le parezca, y así, no solamente satisfará su sed de venganza, sino que se justificará a los ojos del mundo.

Querubín contempló por algunos momentos a su madre; luego desplegó una sonrisa y dijo:

—El dolor os ha trastornado, y olvidáis lo que tiene más importancia.

—Nada olvido.

—¿Sabéis lo que hará vuestro esposo?

—Supongo que no se separará de mí; y digo que me encerrará en un convento, porque antes yo buscaré refugio en el claustro.

—Los hombres no consideran que su honor queda limpio si la mancha no la lavan con sangre.

Mortal palidez cubrió el rostro de la condesa. Querubín no se equivocaba al decir que su desdichada madre no había pensado en todo.

—Sí—añadió el mancebo—; vuestro esposo irá a pedir a mi padre cuentas de la ofensa, y la cuestión se resolverá con la espada.

—¡Dios mío!

—Suponed que muere vuestro esposo.

—¡Oh!

—Entonces podréis decir que después de haber manchado su honor, le habéis matado; y si, por el contrario, muere mi padre...

—¡No, no!

—Y si mi padre muere, yo tendré que odiar al padre de mi hermano. Y tened en cuenta que esto es lo menos que puede suceder; porque yo, desesperado como estoy, no respondo de que me dominaré, y tal vez en los primeros momentos de arrebató me ocurra provocar a mi vez a vuestro esposo y ofenderle gravemente para obligarle a batirse por segunda vez.

Horrorizada se sintió la condesa.

Desgraciadamente, no exageraba Querubín.

La infeliz se preguntó si no cumpliría mejor sus deberes evitando nuevas desgracias.

Pero al hacerlo así, era preciso que aceptara el sacrificio de sus dos hijos, preciso que consintiera en hacer muy desgraciadas a María y a Consuelo.

¡Otra alternativa, no menos espantosa que las demás!

La pobre madre parecía predestinada a sufrir esta clase de tormentos.

Apenas terminaba una lucha, otra principiaba.

¿Cómo tenía fuerzas para tanto?

Y lo más triste era que no había salvación posible, cualquiera que fuese la resolución que adoptara, pues conocemos ya las intenciones del comendador, y sabemos que de todas maneras la condesa había de quedar deshonrada, o más bien, deshonrada había sido desde

el instante en que el señor de Saavedra dio a conocer el secreto al miserable Andrés.

En vano caviló la dama buscando un medio.

De una parte, la desgracia de sus hijos; y de la otra, la muerte de su esposo o de don Juan.

Siempre dolores, sufrimientos espantosos, lágrimas, y hasta horrores y sangre.

He ahí lo que la infeliz veía en lo porvenir; he ahí lo que la rodeaba y amenazaba muy de cerca.

Hubiera suplicado a don Juan de Monzón que saliera de Madrid y se ocultase, para evitar así los efectos de la cólera del conde al conocer la falta de su esposa; pero a don Juan le sobraba el valor: era de esos hombres que aceptan siempre la responsabilidad de sus acciones, y preferiría morir mil veces antes que huir cobardemente.

Querubín triunfaba, pues, o, lo que es lo mismo, obligaba a su madre a guardar el secreto terrible y aceptar el sacrificio de sus hijos.

Lo repetimos: con esto nada se conseguía, pues la condesa estaba ya deshonrada.

Levantó la pobre madre los ojos al cielo, y con acento desgarrador exclamó:

—¡Dios misericordioso! ¿Por qué no ponéis fin a mi existencia?

No, no debía morir aquella mujer, tan sublime como desgraciada.

—Madre mía—dijo Querubín—, habéis sufrido mucho, y yo quiero sufrir también.

—¡Hijo de mi alma!

—Ya me he resignado, y como soy muy joven, tengo la esperanza de que el tiempo me consolará. ¿Quién sabe si algún día se interesará mi corazón por otra mujer? ¿Quién sabe si al fin se amarán Leandro y María? ¿Quién responde de que Consuelo no ame por segunda vez a un hombre digno de ella?

—¡No, tu amor es de los que jamás se extinguen; es un amor como el mío!

—Pues bien; sufriré la prueba, triunfaré, y Dios me recompensará en la otra vida.

—¡Déjame reflexionar!

—¿Dudáis aún?

—¡Sí; dudo, vacilo, quiero hacer algo!

—Nada conseguiréis.

—¡Me quedan algunas horas del plazo, y lucharé hasta el último instante!

—Pero entretanto el secreto...

—Lo guardaré.

—¡Gracias, madre mía!

Otra vez se abrazaron.

Separáronse.

Volvió Querubín al aposento de Leandro.

—¿Qué has conseguido?—preguntó éste.

—He triunfado, y nuestra noble madre tendrá que aceptar nuestro sacrificio para evitar que nuestros padres terminen la cuestión con la espada.

—Hermano mío, somos muy desgraciados; pero hemos cumplido nuestro deber, y nuestra conciencia estará tranquila.

—Antes que nuestra dicha es nuestra madre.

CAPÍTULO CVI

El conde quiere averiguar, y no lo consigue

No quiso Leandro perder un solo momento para consumir su noble sacrificio, y aquel mismo día tuvo una conferencia con su padre, diciéndole que había reflexionado detenidamente y que estaba decidido a casarse con la hija de don Pedro de Saavedra.

Tan repentino cambio de resolución produjo en el conde gran sorpresa, y aunque no se lo explicase, no podía poner en duda el resultado, que para él era muy satisfactorio.

Muy pronto cundió entre los criados la noticia de que el joven iba a casarse con la hija del comendador; Perico, más aturdido que nadie, decía:

—¿Qué significa esto? Si el señor Querubín había de quedarse sin la novia, ¿para qué hemos trabajado y arriesgado hasta la vida?

Empeñábase Perico en adivinar la causa; pero no lo conseguía.

Todo lo hubiera comprendido si la doncella le hubiese dado explicaciones.

Al día siguiente el conde de Rocanegra fue a visitar al comendador para pedirle, en nombre de su hijo, la mano de María.

Aquella visita podía dividirse en dos partes: la primera, ceremoniosa puramente, y la segunda, de íntima confianza entre aquellos dos miserables, de los que no sabíamos decir cuál era más criminal.

Cumplió el conde sus deberes de caballero haciendo la petición, y el señor de Saavedra respondió muy cortésmente accediendo a lo que deseaba Leandro.

Después hubo algunos minutos de silencio, que el conde rompió para decir:

—Ahora, si a bien lo tenéis, hablemos como buenos amigos, porque el asunto es grave y nos conviene a todos saber a qué atenernos.

El padre de María, que no había olvidado la conducta del conde, arrugó el entrecejo y respondió:

—Grave es el asunto, sí, porque se trata de la suerte de dos criaturas; pero me parece muy sencillo, a menos que otra vez haya quien intente complicarlo.

—No os entiendo.

—Señor conde, con la mejor buena fe os presté ayuda para evitar que vuestro hijo cometiese una locura que había de empañar el lustre de vuestro nombre.

—Es muy cierto.

—Y vos, yendo más allá de donde se había convenido...

—¡Perdonad!...

—¿Acaso me equivoco?

—Sí.

—Lo que se ve, lo que se toca...

—Os engañaron las apariencias; o más bien, en un momento de trastorno...

—¡Vive el cielo!

—¡No os impacientéis, comendador!

—Os hablaré con franqueza.

—¡Sí, sí!

—Queréis hacerme ver lo blanco negro, y como eso es suponer que soy un estúpido...

—Soy un hombre de honor, y no he podido intentar engañaros.

—Sin embargo, aquella noche...

—De lo que visteis ha debido de daros explicaciones Andrés.

—Lo ha hecho.

—¿Y aún dudáis?

—Si me hubiera sido posible conocer vuestras intenciones.

—Ya las conocíais.

—En fin, evité el golpe, se salvó la honra de una infeliz...

—Y ya nada tenéis que temer.

—A nadie puede extrañar mi empeño en salvar la honra de esas pobres mujeres, porque soy viejo, y a cierta edad la conciencia es muy escrupulosa.

—Me parece que de Consuelo no debemos cuidarnos sino incidentalmente.

—Pues, entonces...

—Lo que más me interesa es poner en claro los motivos de las resoluciones de mi hijo.

—La reflexión...

—No era bastante para que de la noche a la mañana decidiese abandonar a la que ama con locura, y casarse con la que no puede ser más que una buena amiga.

—¿Y acudís a mí para que yo os explique ese cambio ?

—Dicen que más ven cuatro ojos que dos.

—Amigo mío, creo que el milagro lo ha hecho vuestra esposa con su influencia de madre.

—Así lo asegura Leandro; pero dudo.

—Si no es así, declaro que no lo entiendo.

—Olvidáis una circunstancia.

—¿Cuál ?

—¿Qué hace el hombre a quien verdaderamente ama vuestra hija ? ¿Por qué tan repentinamente abandona la lucha ? ¿Por qué cede cuando su situación era más ventajosa ? No es cobardía, porque ha dado muchas pruebas de valor; no es torpeza, pues le sobra talento; no es que sus sentimientos hayan cambiado, pues una pasión como la suya no se extingue sino con la vida. ¿Qué es ?

—Lo siento mucho; pero no puedo contestaros—dijo sencillamente el comendador.

—Pero...

—Precisamente yo pensaba haceros esas mismas preguntas. El miserable que tantas veces se ha burlado de mí es valeroso, audaz, astuto...

—Y tenaz.

—¡Sí, tenaz!

—Entonces...

—Salvó a Consuelo, pues él fue quien me dio el aviso de que la infeliz estaba en vuestro poder.

— ¡No lo entiendo!

— Creí, como debía creerse, que trabajaba en favor de vuestro hijo, y ahora resulta todo lo contrario.

— Y vos, que conocéis mejor que yo los antecedentes...

— Nada he podido deducir.

— También vuestra hija...

— Había jurado morir antes que ser esposa de don Leandro, y ahora, sin que yo la busque, vuelve a someterse a mi autoridad y se muestra obediente y sumisa.

— ¡Comendador, no estoy tranquilo!

— ¿Por qué?

— Esos misterios...

— Son muy desagradables, lo reconozco; pero miro el resultado y quedo satisfecho, pues el resultado es lo que me interesa.

— ¿No nos tienden un lazo?

— Si quisiérais hacerme mal, ¿empezaríais por hacérselo vos mismo?

— Claro es que no.

— Pues bien; nuestros hijos principian por casarse, sacrificando sus corazones, que no es pequeño sacrificio. ¿Quiénes son las víctimas?

— Ellos.

— Entonces, tranquilizaos.

— ¡Oh!...

— Con vuestra ilustre sangre no ha de mezclarse la plebeya de esa infeliz a quien he protegido.

— ¿Y todavía la protegéis?—preguntó el conde.

— Caballero, decidme con franqueza si es que habéis concluido por enamoraros de Consuelo.

— ¡No, no!

— Temo que os hayáis entusiasmado más de lo conveniente al representar vuestro papel de seductor. Ya sabéis aquel refrán que dice que el que juega con fuego, tarde o temprano se quema.

—Esta vez no ha sucedido.

—Como tanto empeño mostráis en continuar la farsa...

—Mi opinión era que debía seguirse.

—Me alegro, conde; me alegro mucho, porque esa pobre muchacha me interesa; y ya que ha de sufrir mucho al verse abandonada por su amante, debemos todos evitar que sea mayor su desgracia.. Este asunto, lo repito, es cuestión de conciencia para mí; y aunque vos no tenéis tantos años como yo, como al fin no sois un desalmado...

— ¡Gracias!

—Hago justicia a nuestros nobles sentimientos.

El conde se puso en pie.

—¿Ya os vais?—le preguntó don Pedro.

—Nada más tengo que deciros.

—Tendré la honra de devolveros la visita.

—Y mi hijo vendrá mañana.

Estrecháronse la diestra como buenos amigos.

Salió el padre de Leandro mientras decía para sí:

— ¡El comendador miente! Ya no me queda duda de que conoce el secreto de la extraña conducta de mi hijo; pero el tiempo lo aclarará todo. ¿Y por qué tiene tanto empeño en que se respete a Consuelo? ¡Oh! ¡He ahí otro misterio que necesito penetrar! De todas maneras, haré lo que me conviene, sin guardar a nadie consideraciones, y Consuelo será mía.

No, el conde no debía retroceder; no podía, pues acrecentaba su inmensa pasión a medida que se le presentaban obstáculos, y era más profundo su trastorno cada día que pasaba sin satisfacer sus deseos.

Muy preocupado llegó a su casa, y se dirigió al aposento de su esposa.

En el rostro de ésta se revelaban como nunca sus sufrimientos.

Tal vez la infeliz no podía soportar aquel último golpe.

—Señora—le dijo el conde—, acabo de ver a nuestro amigo el comendador.

—Supongo que ningún inconveniente ofrecerá el casamiento de nuestro hijo.

—Ya sabéis que don Pedro lo ha deseado, y como su hija no se opone, el asunto ha quedado arreglado definitivamente.

La condesa exhaló un penoso suspiro.

—Lo único que falta—añadió el conde—es que yo acabe de comprender lo que sucede. ¿Por qué nuestro hijo ha cambiado tan repentinamente de resolución?

—Porque al fin ha escuchado mis ruegos, no ha podido mirar con indiferencia mi llanto, y antes que verme sufrir, ha preferido sacrificarse.

—¡Mucho os ama!

—No lo dudéis.

—¡No, no lo dudol

—Será desgraciado, y yo, responsable de su desgracia.

—Si ésa es vuestra opinión, no se me alcanza cómo habéis empleado vuestra influencia para convencerle.

—Si Leandro no se casara con la hija del comendador, sería esposo de Consuelo, y para evitar que suceda así he hecho cuanto me ha sido posible. No es para mí una deshonra que el hombre de más noble cuna se case con una mujer virtuosa y de origen oscuro; pero vuestra opinión es distinta, como vos opina también el mundo, y ante las exigencias del mundo y la voluntad de mi esposo, me he visto obligada a ceder.

—¡Muy bien, señora, muy bien; la explicación no puede ser más clara!

—Me alegro.

—Pero no es bastante para disipar todas mis dudas.

—Preguntad—repuso fríamente la condesa.

—¿Por qué María, que antes ha tenido valor para re-

belarse contra la autoridad de su padre, ahora se muestra obediente y sumisa ?

—Ella os lo explicará, porque a mí no me lo ha dicho.

—Sin embargo...

—Me parece fácil la explicación, pues supongo que la infeliz, convencida de que nada había de conseguir, y temerosa de que padeciera su reputación, habrá decidido someterse a las circunstancias, contra las cuales le era imposible luchar.

—¿Y por qué su amante también cede ?

—Si ella le rechaza, ¿qué ha de hacer él ?

—¡Todo eso es oscuro!

—Hago suposiciones, y nada más, pues explicaciones terminantes no puedo darlas sino en cuanto a mi conducta.

—¿Y no os llama la atención todo lo que sucede ?

—Nada me interesa más que la suerte de nuestro hijo.

—Pues bien; de nuestro hijo se trata.

—Lo que me importa es el resultado—dijo la condesa como si hubiera escuchado al comendador—; y puesto que de todas maneras ha de sacrificarse mi hijo, no me tomo la molestia de averiguar la causa.

—Mi querida condesa, ya podemos todos decir la verdad.

—Siempre la he dicho.

—Inútilmente negaréis que de acuerdo con vos y con la ayuda de Leandro sacaron del convento a María.

—De acuerdo conmigo, es verdad.

—Y a vuestro cargo quedó; y como habéis hablado con ella muchas veces...

—Os equivocáis.

—Señora...

—Si no queréis hacerme sufrir, no me obliguéis a hablar de este asunto.

—Lo siento; pero es preciso.

—Os he dicho ya cuanto puedo decir.

—Sin embargo...

—¿Qué más queréis ?

—Si os empeñáis en ser reservada...

—Repito que nada más sé.

Mal que le pesara, tuvo el conde que darse por vencido.

Gran empeño tenía en averiguar por qué los jóvenes enamorados habían decidido terminar la lucha precisamente cuando la situación era para ellos más ventajosa; pero no había de conseguirlo.

No se detuvo el conde sino algunos minutos más, y, despidiéndose, se fue a su aposento para trazar un plan cuyo resultado fuera la satisfacción de sus criminales deseos.

Mientras así lo hacía, Leandro hablaba con su madre, consultando sobre el mejor medio de atenuar en cuanto fuera posible el sufrimiento de la mujer a quien amaba.

Medio no había ninguno, pues de todas maneras el golpe había de ser terrible; pero a Leandro le faltaba valor para decir a Consuelo que no pensase más en él.

Así lo comprendía la condesa, y, siempre impulsada por los nobles sentimientos de su abnegación, dijo a Leandro:

—Yo veré a Consuelo.

—¡Madre mía!

—Yo la haré comprender que sufres tanto como ella y que has tenido que someterte a las circunstancias.

—¿Pensáis acaso darle a conocer el terrible secreto ?— preguntó el joven mientras fijaba en su madre una mirada escudriñadora.

—No.

—En ese caso, os permitiré que veáis a Consuelo;

pero si habéis de justificarme a costa de vuestro honor...

—¡Tranquilízate!

—¡Gracias, madre mía!

—Consuelo tendrá fe en mis palabras, no lo dudes, y al mismo tiempo que sufra mucho, te compadecerá.

—¡Infeliz!

—Iré mañana, para que hoy puedas verla por última vez.

—¡Temo que tan horrible golpe acabe con su existencia!

—Es un espíritu privilegiado, que todo lo resiste y que se fortifica más con el dolor. Yo también he debido sucumbir, y ni siquiera se ha resentido mi salud.

—¡Dios se apiade de ella y la haga dichosa!

—Hijo mío, voy convenciéndome de que la dicha es imposible en este mundo para los que tienen un corazón sensible y noble.

Largo rato continuaron hablando la madre y el hijo.

Salió Leandro para ir en busca de Querubín, única persona que podía comprenderle.

Si no se consolaban el uno al otro, se desahogaban hablando de su horrible desdicha.

También salió el conde, que creía haber trazado ya un plan con toda perfección.

No se equivocaba: aquella vez la infeliz Consuelo sufriría la última desgracia, mil veces más espantosa que los desengaños y que la muerte.

CAPÍTULO CVII

El conde se prepara otra vez

Al salir de su casa el conde había dicho:

—Los adagios nos enseñan la verdad, y recuerdo uno que dice que no hay mejor criado que uno mismo. Andrés es un bribón, y aunque vale mucho, ha cometido una torpeza que, además de ponerme en grave apuro, desvaneció todas mis esperanzas: por consiguiente, yo mismo debo ocuparme en lo que a mí me interesa. El camino derecho es el más corto, y ya no quiero adoptar precauciones ni perder días y días en preparativos inútiles.

Discurriendo así se encaminó el conde de Rocanegra a la costanilla de Santiago, y entró en la casa que ya conocemos sin cuidarse del sastre, que, como siempre, trabajaba tras el biombo.

El caballero atravesó el patio y dio algunos golpes en la puertecilla del cuarto que ocupaba la vieja a quien ya dimos a conocer.

Llegó oportunamente, pues la puerta se abrió, apareciendo la bruja, que al ver al conde no pudo contener una exclamación de sorpresa, diciendo luego:

—¡Loado sea Dios! ¡Tanta honra en mi pobre casa! Entre vuestra señoría y diga lo que ha de hacer la que se considera su esclava.

—¿Estáis sola?—preguntó el caballero.

—Lo mismo que siempre, pues nunca me acompaña más que Dios, que es la mejor compañía.

Entró el conde, se sentó en una de las desvencijadas sillas que había en el aposento, y luego dijo:

—Señora bruja, es preciso que acabemos de una vez y pronto, porque mi paciencia se agota fácilmente.

—¡Ay, mi noble señor! ¡Desde aquella noche!

—No es menester evocar recuerdos.

—Pero yo necesito justificarme, porque si vuestra señoría...

—¡Basta!

—Mi obligación es escuchar y obedecer.

—Todos me engañan, y ¡vive Dios que ya estoy cansado de sufrir ofensas!

—Si vuestra señoría me hubiese escuchado...

—¿Qué podéis decirme ahora?

—Aunque vuestra señoría no me honraba, he creído cumplir mi deber estando a la mira de todo.

—¿Y bien?

—La pobre muchacha está muy triste, y el galán...

—¿Viene con frecuencia?

—No tanto como antes.

—¡Está bien!

—Y al señor Policarpo parece que le ha caído el mundo encima, pues está muy pensativo y muy triste...

—¡Mañana—interrumpió el conde—, entendedlo bien, mañana mismo ha de ser mía Consuelo!

—¿Mañana?

—¡Eso he dicho!

—Pero...

—¡Tengo mi plan!

—Muchos planes tendrá vuestra señoría; pero paciencia, calma...

—¡Ninguna!

La vieja exhaló un penoso suspiro.

El conde añadió:

—¡Lo que tengo es dinero!

—Bien sabe Dios que no soy ambiciosa y que...

—¡Concluyamos!

—Ya he concluído, señor: vengan órdenes, que estoy dispuesta a obedecer.

—Necesito en esta misma casa una habitación.

—¡Entiendo!—dijo la vieja mientras sonreía.

—Si no hay ningún vecino que quiera dejar la suya, ésta servirá.

—Mire bien vuestra señoría.

—Vendrán muebles y cuanto sea menester.

—¡Bien dicen que el oro es el rey del mundo!

—Y necesito también dos o tres hombres de confianza, valerosos, sin conciencia, astutos y acostumbrados a esta clase de aventuras.

—No es imposible encontrarlos.

—Han de saber abrir una puerta sin la llave.

—Los hay que se meten por las paredes como los fantasmas y que vuelan como las brujas.

—Consuelo, de grado o por fuerza, ha de venir aquí mañana a la noche; y si me rechaza...

—Vuestra señoría la convencerá.

—¿Me proporcionaréis los tres bribones que necesito?

—Por servir a vuestra señoría...

—¡Daré el oro a manos llenas!

—Todo se arreglará con la ayuda de Dios, porque hoy mismo iré a rogar a Santa Rita, que es abogada de los imposibles.

—¡Encomendaos a Satanás!

—¡Jesús, María y José!

—¿Cuándo volveré?

—Cuando bien le parezca a vuestra señoría.

—A las nueve de la noche.

La vieja reflexionó algunos momentos y luego dijo:

—Bien: aquí estarán los otros.

—Les daréis todas las explicaciones necesarias para que comprendan bien el negocio, evitándome así el disgusto de entenderme con ellos.

—¿Y qué puedo ofrecerles ?

—Lo que quieran.

—Mi noble señor, yo soy desinteresada; pero los demás, como el mundo...

—¡Les daré cuanto pidan!—replicó el conde con impaciencia.

—¡Cuánta generosidad!

—Y mañana os ocuparéis en arreglar esta habitación con decencia.

—Nada olvidaré.

—Tomad para los primeros gastos—dijo el caballero. Y arrojó sobre la mesa un bolsillo lleno de monedas de oro. La vieja se estremeció.

Sus ojos relumbraron con el fuego de la codicia.

—¿Necesitáis más ?—preguntó el conde.

—Una cosa quisiera saber, y vuestra señoría me perdonará.

—Decid.

—Aunque para este negocio buscaré gente que lo entienda, bien puede suceder que se arme un escándalo, porque el diablo no tiene otra cosa que hacer más que enredar para divertirse.

—¡Acabad!

—Si la justicia acude, no ha de ser a vuestra señoría a quien lleven a la cárcel, y...

—Contad con mi protección y nada temáis.

—¡Ya estoy tranquila!

Así terminaron la conversación.

Salió el conde, que atravesó el patio y el portal, no sin que algunos vecinos le mirasen e hicieran comentarios.

También el sastre, que continuaba trabajando tras el biombo, levantó la cabeza, miró al caballero y dijo para sí:

—¿Qué nuevo golpe se prepara ? ¡Será preciso ob-

servar a todas horas! ¡Ha entrado en la vivienda de esa bruja, y no ha sido para socorrerla! ¡Oh! ¡Acabaremos mal, muy mal! Ya el señor Querubín no muestra tantos bríos para luchar, y don Leandro está muy pensativo, y... ¡No lo entiendo! Cumpliré mi deber dando parte de lo que sucede y vigilando sin cesar, y si al fin la pobre Consuelo sucumbe... ¡Vive el cielo! ¡Se me enciende la sangre, y aunque soy tímido, me siento con valor para matar al que haga sufrir a esa desdichada criatura!

No había contado el conde con el señor Policarpo, que era un espía muy temible.

¿Qué le importaba el pobre sastre al orgulloso señor?

La verdad es que, a pesar de la buena voluntad del señor Policarpo, la desgracia de Consuelo era irremediable.

Aquel mismo día entraron algunos muebles en la humilde vivienda de la vieja.

—¡Que sea enhorabuena!—le dijeron algunas vecinas.

—¿Y por qué?—preguntó la bruja.

—Parece que habéis mejorado de fortuna.

—Soy tan pobre como siempre.

—Como arregláis la casa...

—No es mío lo que habéis visto traer, sino de una honrada familia que me lo ha confiado para que no se lo lleve la justicia. Es de un matrimonio que tiene un hijo: el hijo disputó con un amigo suyo y le hirió; y como le han llevado a la cárcel y quieren embargar...

—¡Entendido!

—Ya sabéis lo que son los escribanos y alguaciles.

—¿Y qué culpa tienen los padres?

—Ninguna, pues han criado al hijo muy cristianamente; pero la gente de justicia no entiende de eso y pone la mano sobre lo que encuentra para cobrar sus costas:

así una familia se ve arruinada sin haber cometido ningún delito.

— ¡Todo sea por Dios!

Así justificaba lo que no le había sido posible ocultar.

Sabía muy bien que a ella la acusarían cuando se consumara el criminal abuso; pero entonces desaparecería y se iría a vivir a otro barrio; además, contaba con la protección que el conde le había ofrecido.

Arreglada la habitación, ocupóse en buscar a los miserables que debían dar el golpe.

Esto no presentaba para ella ninguna dificultad, porque estaba en relaciones íntimas con muchos criminales.

Cuando llegó la noche ya no tenía que hacer más que esperar.

Entretanto cavilaba el honrado sastre y decía:

— ¡Preciso es hacer algo! El señor Querubín no se ha presentado en todo el día, y estará muy descuidado. Debo ir a darle parte de lo que sucede, y si no está en su casa, buscaré a don Leandro.

Tomó el señor Policarpo su capa y su sombrero, y salió.

Poco tenía que andar, y bien pronto llegó a la calle de Santiago, pues ya sabemos que el amante de María vivía con su padre.

— ¿Está en casa el señor Querubín? — preguntó el sastre.

— Acaba de entrar — respondió el portero —; pero me parece que a nadie recibirá.

— Cuando le digan mi nombre...

— ¿Quién sois?

— Policarpo, el sastre de la Costanilla.

— ¡Ah!

— ¿Qué os sorprende?

— Tengo orden de dejaros pasar a todas horas.

—¡Veo que el señor Querubín es siempre el mismo, pues no me olvidas!

—Subid, que no encontraréis ningún inconveniente para verle.

El señor Policarpo subió, y a los pocos momentos se encontraba frente al joven.

Parecía éste muy preocupado y muy triste.

—¿Qué sucede?—preguntó.

—¡Nada bueno!

—Explicaos.

—Me parece que el señor conde se prepara.

—¡Oh!

—Ha ido a ver a la pícara vieja, a la del cuarto bajo, aquella que...

—¡Comprendo!

—Y han llevado muebles que casi son de lujo.

—¡Miserable!—murmuró Querubín.

—¿Qué va a suceder? ¡Ah! No estoy tranquilo, señor Querubín; y como desde hace algunos días suceden cosas que no entiendo...

—Y tampoco me es posible daros ahora explicaciones.

—No soy curioso, ya lo sabéis; pero como se trata de la infeliz Consuelo, y la amo como si fuera mi hija, a todas horas estoy temblando.

—Habéis dado pruebas de tener buen corazón; no lo olvido.

—Ya sabéis de lo que el conde es capaz, y supongo que Andrés tendrá parte ahora también en el asunto. Aun me acuerdo con horror de aquella noche que nos llevaron a la casa de campo, y aunque vos ibais...

—Señor Policarpo—interrumpió el mancebo—, ya empiezo a perder la esperanza de que Consuelo sea dichosa, así como para mí es también imposible la felicidad.

—Pero ¿qué sucede? ¡Creo que, en fuerza de cavar, acabaré por volverme loco!

—Lo que sucede es que nuestro destino ha de cumplirse. Hemos nacido para sufrir, y en vano intentamos combatir nuestra suerte.

—¡No lo entiendo! ¡Ahora que todas las ventajas estaban de nuestra parte!...

—Ya otra vez María se encuentra bajo la autoridad de su padre cruel.

—¡Dios bendito!

—Y las circunstancias, que son superiores a nuestras fuerzas y a nuestra voluntad...

Interrumpióse Querubín, desplegó una amarga sonrisa, y luego añadió:

—¡No, no podéis comprenderme!

El señor Policarpo exhaló un penoso suspiro.

—¿Y no os casaréis con la hermana de Consuelo?— preguntó.

—¡No, amigo mío!

—¿Que no os casaréis?

—¡He dicho que no!

—¿Y entonces don Leandro?...

—Aun no se sabe lo que sucederá.

—Si la pobre Consuelo recibe un desengaño no podrá resistir: se morirá; no lo dudéis.

—¡Infeliz!

—Con razón está triste a todas horas; llora mucho, y temo que padezca su salud.

—Lo mismo que nosotros, tendrá que someterse a las circunstancias y resignarse.

—Repito que no podrá resistir.

—¿Creéis que don Leandro sufre menos?

—Lo ignoro.

—En cuanto a mí, si pudieseis penetrar en el fondo de mi alma os horrorizaríais.

—No lo dudo, señor Querubín, porque yo estoy trastornado solamente de ver cómo sufren los demás.

—Pero, ya que otra cosa no nos sea posible hacer, salvaremos el honor de Consuelo y lucharemos hasta conseguir que su padre la reconozca.

—¡Eso es poco!—replicó cándidamente el señor Policarpo:

—¿Tenéis el poder de Dios ?

—Si lo tuviese, ya estarían aniquilados el señor conde y Andrés; y no digo que también el comendador, porque al fin es padre de Consuelo.

—Pues cuando una cosa no es posible, el único recurso es la paciencia.

—Perdonad, señor Querubín; pero...

—¿Qué ?

—Me parece que acabaremos por dar la razón a vuestro padrino, pues si se le hubiera dejado sacar la espada, ya estaría el asunto terminado.

—La situación sería más grave.

—¿Y por qué ?

—Repito que ahora no puedo daros explicaciones.

—Bien; pues decidme lo que tengo que hacer, porque no hemos de dejar que el conde consume el abuso.

—Iréis ahora a ver a Consuelo.

—Y le diré...

—Nada más sino que hay temores de que el padre de don Leandro intenta dar un nuevo golpe. Así estará más prevenida, y más tarde yo iré para que adoptemos las precauciones más convenientes.

—Seréis obedecido.

—¡Que Dios os bendiga, señor Policarpo!

—¡Hace falta que nos ayude!

El señor Policarpo se despidió y salió, volviendo a su casa para hacer compañía a la pobre Consuelo.

Esta debió empezar aquella misma noche a conocer su verdadera situación, pues el sastre, deseoso de acla-

rar el misterio, no guardaría completa reserva, según le había encargado Querubín.

Por lo demás, ya sabemos que aquella noche nada había que temer del conde de Rocanegra, pues era a la siguiente cuando debía descargarse el golpe.

Largo rato pasó Querubín inmóvil y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¡Es preciso!—murmuró al fin.

Se pasó las manos por la frente, levantóse y tomó su capa y su sombrero.

Salió y se dirigió a Platerías, entrando después en el laberinto de calles que rodeaban la iglesia de San Miguel.

CAPÍTULO CVIII

El señor de Guevara se aturde

Veinte minutos después entraba Querubín en la humilde vivienda del señor de Guevara.

—¡Mil truenos!—exclamó éste al ver a su protegido— ¿Dónde te metes que en todo el día no he podido encontrarte?

—Ya me tenéis aquí.

—¡Estás triste, pálido, ojeroso! ¡Rayos! ¿Qué sucede? ¿Cuál es nuestra situación? ¿Y María? ¿Y la condesa? ¿Y Consuelo? ¿Y don Leandro? ¡Vive el cielo! ¡Habéis conseguido aturdirme!

—Más habéis de aturdirlos cuando sepáis lo que pasa.

—Querubín, me parece que tengo derecho a pedirte explicaciones, y que tu deber es dárme las.

—Sí—dijo el mancebo, que se estremeció.

—Pues ya te escucho.

Debe recordarse que Querubín había adoptado sus úl-

timas resoluciones sin consultar con el señor de Guerra, y que, por consiguiente, éste ignoraba que María hubiese vuelto al lado de su padre, así como también desconocía el secreto de la condesa.

—Ya no hay nada que hacer—dijo el joven después de algunos momentos—, porque he adoptado una resolución, y mi suerte está decidida.

El caballero fijó una mirada escudriñadora en su protegido, y replicó:

—Nunca he sabido lo que es el miedo; pero esta vez... ¡Ira de Satanás! ¡Si tu suerte está decidida, no aguardo nada risueño, porque tu semblante!...

—Sufro, y no debo ocultarlo a quien me ama como padre, a quien soy deudor de más que la vida.

—Querubín, deja los comentarios, que ahora son inútiles.

—He visto a María, hemos examinado detenidamente la situación teniendo en cuenta todos los antecedentes, y...

—¡Acaba!

—¡Padre mío—repuso el mancebo con dulce y triste tono—, he de exigir un sacrificio, una prueba del cariño que me tenéis!

—¡Tripas de Lucifer! ¿Qué significan tus vacilaciones?

—Nunca me habéis negado nada, y ahora...

—¡Sacrificios! ¿Qué necesitas?

—¡Que no me pidáis más explicaciones de las que yo os dé!

Se contrajo la frente del señor de Guevara.

—¡Veremos!—replicó.

—Ha vuelto a su casa María.

—¡Querubín!—exclamó el caballero brincando en la silla y fijando una mirada de estupor en el joven.

—No se casará conmigo; obedecerá a su padre.

—¿Se arrepiente ?

—Yo tampoco quiero casarme con ella.

—¡Truenos y rayos! ¡Fuego de Satanás!

—Será esposa de don Leandro.

—¡Basta, basta!—gritó el señor de Guevara poniéndose en pie— ¡Me aturdes, me vuelves loco, te burlas de mí! ¿Que no te casarás con María ? ¡Imposible, imposible! Has luchado, has arrojado todos los peligros, estabas resuelto a vencer o morir...

—He perdido el tiempo y el trabajo.

—¡Y de repente, cuando todas las circunstancias te favorecían, cuando apenas quedaba que hacer! Porque todo era cuestión de tiempo...

—También don Leandro está decidido a casarse con María.

—¿Y Consuelo ?

—Sufrirá lo mismo que yo, como han de sufrir nuestros amigos.

—¿Y tú te resignas ?

—Nadie me ha obligado.

El señor de Guevara miró de pies a cabeza a su protegido, se pasó las manos por la frente y murmuró:

—¡Estoy soñando! ¡Y por cierto que la pesadilla es bien horrible! ¡Oh! ¡Pero no ha de faltarme la calma! ¡Prosigue!

Y el caballero volvió a sentarse, cruzó los brazos y quedó inmóvil.

—Nada más tengo que decir.

—¿Y tu padre ?

—Aprueba mi resolución.

—¿Y la condesa ?

—También.

—Creo que ni tú, ni don Leandro, ni María, renunciaréis a vuestra felicidad por mero capricho.

—¡Claro es que no!

—¿Es decir, que tenéis motivos muy graves?

—Sí.

—Y cuando tu padre, que daría por ti la vida, encuentra muy bien que te sacrifiques, queda probado que conoce esos motivos.

No podía responder Querubín con una negativa, porque hubiera sido absurdo, y le fue preciso decir:

—Sí, los conoce.

El señor de Guevara desplegó una amarga sonrisa, diciendo:

—No debo quejarme, porque don Juan de Monzón es tu padre al fin, y para él no debes guardar ningún secreto. En cuanto a mí, verdad es que te amo tanto como don Juan y que no he tenido otra aspiración que la de hacerte dichoso; pero...

—¡Padre mío—interrumpió Querubín con acento desgarrador—, me destrozáis el alma!

—¡Perdóname! ¡Mil rayos! ¡Algunas veces las palabras se escapan de los labios contra la voluntad!

—¡Oh!

—Tranquilízate, que respeto tu reserva y te amo lo mismo que siempre—replicó el caballero con voz ahogada.

Lo que sintió Querubín no puede explicarse. Las amargas reconvenciones de su protector eran una acusación de ingratitud. ¡Ingrato el mancebo! Antes que serlo, hubiera preferido morir. Imposible era que el infeliz resistiese.

También el señor de Guevara sufría mucho, pues había herido la más sensible fibra de su corazón la reserva del mancebo. Crítica era la situación para éste, y muy penosa para los dos.

Para que el generoso protector no sufriese, era preciso revelarle el secreto; y hacerlo así, significaba deshonrar a sus ojos a la condesa. A toda costa quería el

desdichado joven que su madre apareciese honrada; pero también se consideraba obligado a evitar sufrimientos al hombre a quien tanto debía. La alternativa era demasiado dura, era terrible. Algunos minutos transcurrieron sin que pronunciasen una palabra. Su rostro pálido y contraído decía claramente lo que sufrían aquellas dos nobles criaturas. Querubín rompió el silencio, y dijo:

—Por una casualidad he llegado a descubrir el secreto de la extraña conducta de la condesa, y ésta es la causa de mi determinación.

—Has consultado con tu padre, y...

—No, porque mi padre ya conocía ese secreto; por consiguiente, no he tenido que revelárselo.

—Ello es que lo conoce.

—Sí.

—Y, sin embargo, estás tranquilo, porque tienes la seguridad de que tu padre será discreto, reservado...

—Hago justicia a sus sentimientos, y vos tampoco los habéis puesto nunca en duda.

—¡Libreme Dios de ser ruin hasta el punto de ofender a don Juan de Monzón!

—Entonces...

—Es cuestión de confianza, y si en tu padre la tienes, das pruebas de ser buen hijo.

Clara estaba la intención que estas palabras envolvían. No pudo ya contenerse Querubín. Levantóse, abrazó al señor de Guevara, y exclamó:

—¡Padre mío! ¡Nadie más que Dios nos escucha!

—¡Calla, Querubín, calla!—interrumpió el caballero!

—¡No quiero saber nada!

—¡Sí, sí!

—¡Rayos! ¡He dicho que no!

—¡La condesa es mi madre!

—¡Tu madre! ¡Oh!

Y en el último grado del trastorno, el señor de Guevara se desprendió de los brazos de Querubín, y mientras juraba y maldecía, recorría el aposento con desiguales pasos.

—¡Es tu madre la condesa!—repetía— ¡Vive el cielo! ¡Imposible! ¡Me engañas! ¡Te han engañado! ¡Cuernos de Satanás! ¡Voy a volverme loco!

—Este secreto lo conoce el comendador, y...

—¡Comprendo! ¡Es decir, no lo entiendo!

—Sosegaos, padre mío, y escuchadme; os lo suplico.

Pasó un cuarto de hora antes de que el caballero consiguiera dominarse y recobrar la calma lo suficiente para escuchar las explicaciones del mancebo. Pudo éste por fin hablar y hacerle comprender la situación, por cierto bien horrible, y el señor de Guevara, mal que le pesara, se convenció de que no servía en aquella ocasión la espada. Caviló, quiso buscar un medio para evitar el sacrificio de aquellas nobles criaturas, a quienes tanto amaba; pero como el medio no lo había, no lo encontró. Sin embargo, no se resignaba, y hubo momentos en que acusó de egoísta a la condesa; pero luego tuvo que reconocer que la infeliz no podía hacer más de lo que había hecho. Después de dos horas pusieron término a la conversación, y Querubín, pensando que tal vez Consuelo necesitara su auxilio, se dispuso a salir.

—Quiero acompañarte—dijo el señor de Guevara.

—No es menester.

—Sí, porque Dios sabe si será preciso andar a cuchilladas con el conde, de lo cual me alegraría mucho, porque así tu madre quedaría viuda, y todo se arreglaría fácilmente.

—Haced lo que mejor os parezca, si bien os advierto que ha de respetarse la vida del conde.

—¡Vamos, vamos!

CAPÍTULO CIX

La condesa vuelve a cambiar de propósito

Mientras tenían lugar aquella noche las escenas que acabamos de referir, la condesa sufría horribilmente. Su conciencia se había levantado terrible para acusarla. ¿Se equivoca la conciencia alguna vez? He ahí una cuestión tan grave como compleja, y que no puede ser tratada con el detenimiento que exige un libro como éste; por consiguiente, nos limitaremos a consignar los sucesos y los resultados, que es lo que más interesa al lector. Cuando se vio libre de la mágica influencia de Querubín, reflexionó la condesa, y acabó por creer que había cometido un acto de cobardía al aceptar el sacrificio de sus hijos. Verdad es que si no lo aceptaba serían horrorosas las consecuencias; pero debía arrostrarlas con valor. Después de discurrir, la desdichada concluyó por elevar al cielo una mirada dolorosa, y exclamó:

— ¡Perdonadme, Dios misericordioso! ¡He sido débil; pero ya me siento con valor para expiar mis faltas!

No dijo más. Cuando sonreía la aurora consiguió la condesa entregarse al sueño. A las ocho de la mañana ya se había levantado. Su rostro estaba pálido como el de un cadáver. Su mirada era sombría. Había adoptado una resolución, y estaba decidida a ponerla en práctica sin vacilaciones. No quiso hablar con Leandro de la grave situación en que se encontraban, y a las cinco de la tarde ningún suceso digno de mención había tenido lugar. Entonces la condesa tomó la pluma y escribió a don Pedro de Saavedra, rogándole que inmediatamente fuera a visitarla. Arrugóse el entrecejo del comendador al leer aquella carta.

—¿Qué significa esto?—se preguntó el anciano— En verdad que no lo adivino; pero me desagrada mucho.

Como buen caballero, tenía que acudir al llamamiento de la ilustre dama, y así lo hizo inmediatamente.

—Señora—dijo al entrar en el gabinete de la condesa—, me habéis sorprendido y honrado con vuestra carta: aquí me tenéis a vuestra disposición.

—Sentaos, caballero, y escuchadme, que por última vez vamos a tratar del asunto que nos interesa.

—Decid lo que os plazca; aunque me parece que, después de haber adoptado una resolución, ya nada tenemos que hacer.

—La resolución la han adoptado mis hijos; pero yo no.

Otra vez se arrugó el entrecejo del señor de Saavedra; su mirada se fijó penetrante y escudriñadora en la condesa. Temía que cambiase la situación y no se verificara el casamiento de su hija con Leandro, en cuyo caso ya no le quedaría más esperanza risueña que la venganza.

—Escucho, señora—dijo.

—Excusaré explicaciones que son completamente inútiles, puesto que lo que importa es la resolución que me ha parecido bien adoptar.

—¿No estabais de acuerdo con vuestros hijos?

—Ellos han querido sacrificar su corazón para salvar mi honra; pero yo no acepto el sacrificio.

—¡Señora!—exclamó el anciano, cuyo rostro empezó a palidecer.

—No se casará vuestra hija con Querubín, porque vos lo impediréis, pero la culpa no será mía; y en cuanto a la infeliz Consuelo, tampoco seré responsable de su desgracia.

Fácil es comprender el efecto que estas palabras producirían en el comendador. Pasaron algunos minutos sin

a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hija viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fue recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa, porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando ve que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso aconseja a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo la condesa, Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos.

El comendador mete a su hija en un convento y de allí la rapta Querubín.

La condesa descubre que Querubín es el hijo que tuvo con don Juan de Monzón. Cuenta a Monzón lo que ocurre y éste se alía con ellos.

El conde de Rocanegra y Andrés deciden raptar a Consuelo.

El comendador, que sigue amenazándoles con descubrir el secreto de la condesa al conde de Rocanegra, en cambio se opone a que Rocanegra rapte a Consuelo, que es hija suya, pues muchos años antes don Pedro tuvo amores con Mariana y la engañó vilmente.

COLECCION ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



TITULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1	J. M. V.	Ruñidos	11	J. M. V.	El corazón secuestrado
2		El bufón por sacrificio	12		Homotablie en Rusia
3		Por ella!	13	De Rosa	El náutico del espacio
4		La astucia de una mujer	14		Al astro espantoso
5		La venganza del Destino	15	SPINALELLI	El capitán Legarde de Jazac
6		El secreto de Mari-Rosa	16		Los amores de Francisco y la Gioconda
7		Ultraje Mortal	17		La marquesa dolorosa
8	ESTALON	Las cosas van	18		La favorita
9	J. M. V.	Bibi, hombre E	19		El mundo de miraflores
10			20		El hijo de Santos

PRECIO DE CADA TOMO EN DÓLARES

2.50 DÓLARES

DE VENTA EN LIBRERIAS Y KIOSCOS